LITERATURA 6TO **I.F.M. ESQUIU**

1- Leer con atención el siguiente relato de Blaisten y contestar:

a- ¿Cómo se genera el humor? Marcar recursos en el texto (exageraciones, absurdo, campos semánticos, equívocos, juegos de palabras, etc).

b- ¿Cuál es el tema principal del relato? ¿Por qué? Justificar con una cita

c- Teniendo en cuenta el prólogo de Blaisten a su libro de relatos Dublín al sur, pensar una hipótesis de lectura que te permita analizar la narrativa del autor.

"Se habla de la realidad; yo creo que no existe. Creo que hay dos realidades y que siempre lo que nos sucede a nosotros es paralelo a lo que acontece a otro. Esta simultaneidad fue mi obsesión. Lo sigue siendo. Por eso creo que en estos cuentos, como en la vida, el humor y el dolor cumplen su inesperado destino." Blaisten, I (1992); "Prólogo" en Dublín al sur, Emece, Buenos Aires; 1992.

La sed (Isidoro Blaisten)

El matrimonio A y el matrimonio B eran amigos. Todos los viernes salían juntos. Conocían ya todos los cafés concert de San Telmo, ya habían visto (recomendados o no) todos los espectáculos de la temporada, habían asistido a todos los ballets desde el Bolshoi al Afrikano, ya habían visto todas las compañías extranjeras (aun las de función pública) desde los Piccoli de Podrecca hasta el Old Vic de Inglaterra, ya habían visto todas las películas eróticas antes de que las sacaran de cartel, habían detectado hasta el último restaurante que se pudiera abrir en la ruta dos, en la Panamericana y en el camino a Pacheco, y ya habían comido pollo en todas sus formas posibles: con guantes, con las manos, enterrado en el barro, metido en un nido de hornero, sumergido en brasas, atravesado por una espada.

Una tarde, un viernes, el hombre del matrimonio A, al cerrar la oficina y mientras pensaba que esa noche iba a invitar al matrimonio B al restaurante de Florencio Varela donde se iba a comer vestido de gaucho y con show de travestis, y pensaba en la sorpresa que se llevarían, porque incluso pensaba no decirle nada ni a su propia mujer, esa tarde mientras pensaba cómo la iba a gozar en el coche, porque iban a salir todos en el coche de él, mientras pensaba cómo la iba a gozar cuando le preguntasen: "Pero, che, dale, ya estamos llegando a la ruta dos", y la mujer del matrimonio B dijera: "Pero ¿adónde vas?" y él dijese: "Calma, calma, Roma no se hizo en un día", y su propia mujer iba a estar tiesa, orgullosa y callada, porque si llegaba a hablar, si llegaba a demostrar impaciencia, él pensaba que iba a sentir ganas de bajarla de un sopapo. Mientras pensaba todo esto, el marido del matrimonio A sintió sed. Antes de ir a buscar el coche dobló por 25 de Mayo y se detuvo en un bar. Al dejar su attaché sobre la única mesita de la vereda pensó: "Este bar debe ser nuevo". Cuando vino el mozo, pidió un gran balón de cerveza.

"¿Gran balón de la casa?" El le preguntó si eran nuevos. Lo eran. Hacía cinco días que estaban, y la especialidad de la casa era el gran balón. Y cuando el mozo se lo trajo y aun antes de beber, todos los planes del señor A cambiaron. Todo lo que aconteció después fue distinto. Toda la vida del matrimonio A y del matrimonio B tuvo otro cariz. Incluso la forma en que los cuatro murieron, completamente imprevisible además, tuvo su origen en el gran balón.

Las cosas pasaron así: el señor A vio el gran balón. El gran balón que vio el señor A era el balón más grande que había visto en su vida, y eso que el señor A había visto grandes balones. Era una especie de ánfora de vidrio que medía más de medio metro de alto con dos grandes asas o manijas.

Estaba montado en una tarima de goma como para conservar la estabilidad y venía en una especie de carrito de heladera.

El señor A se paró, bebió un sorbo, tomó su attaché, entró inmediatamente al bar, buscó al mozo, fue con él hasta la caja, el mozo le presentó al dueño y él convino lo siguiente: esa noche irían dos matrimonios, esa noche la única mesita de la vereda no tendría que estar ocupada por nadie. Esa noche el mozo le diría: "¿Lo de siempre, señor?", y traería cuatro grandes balones de la casa sin decir una palabra. Así quedaron.

* * *

☐¿Adónde vamos hoy, querido?

☐Calma, calma, Roma no se hizo en un día ☐respondió el señor A☐. Llamalos y deciles que vengan ellos acá.

En sendos coches partieron los dos matrimonios. La consigna era seguir al coche del señor A. Previamente, en su casa, antes de salir, el señor A habló mucho sobre los beneficios de la cerveza. La señora del matrimonio B preguntó si era buena para el cutis. El señor A le explicó que un cliente suyo, que era dermatólogo, le había contado, hoy justamente, que la cerveza impedía el acné juvenil. Cuando su propia señora dijo que "la cerveza engorda y las carnes cuelgan", el señor A la miró con odio y tuvo ganas de hacerla callar de un sopapo. Cuando el mozo, después de darle la mano, preguntó: "¿Cómo está usted, señor? ¿Lo de siempre?", al señor B se le cayó el llavero del coche.

Cuando, ayudado por el dueño, que también había venido a saludar al señor A, el mozo trajo las mesas rodantes con los cuatro grandes balones y los pusieron junto a la única mesita, la señora del matrimonio A alcanzó a decir: "Oia☐". No dijo más porque intuyó la muerte en los ojos de su marido. Si al señor B no se le hubiera ocurrido decir: "Grandes balones, eh. Un poco más chicos de los que tomamos el otro día. ¿Te acordás, querida?", y si la señora del señor B no hubiera respondido "cierto", seguramente todo hubiera sido distinto. El señor A se levantó bruscamente: "¿Dónde?", preguntó. "¿Dónde lo tomaste? ¿Dónde lo tomaron? ¿Balones como éstos, con rueditas?"

La señora del señor B dijo que no hacían falta las rueditas porque los grandes balones que habían tomado ya venían con dos pichones de hindúes cada uno con turbante y capa corta de raso rojo para ayudar a sostenerlos. Esa noche nadie bebió nada. El señor A pagó y los dos matrimonios se separaron ahí mismo. Pasó una semana. Parecía que ya nunca más el matrimonio A iba a saber nada del matrimonio B. Pero el viernes sonó el teléfono. La señora del matrimonio B invitaba al matrimonio A a tomar cerveza.

Los ocho adolescentes vestidos de hindúes se cuidaban bien de no hablar. Habían practicado para no enredarse en las capas mientras movían esos grandes botellones con manijas hasta la boca de los señores en cuanto éstos les hicieran una seña. En realidad, las dos parejas no tomaron ni una sola gota de cerveza, pero para eso les habían pagado. El dueño les había hecho miles de recomendaciones y ese señor, que ahora estaba ahí, les había explicado que ellos eran eunucos y que tenían la lengua cortada.

El lunes siguiente a la noche, bastante tarde, sonó el teléfono en casa del matrimonio B. La señora del matrimonio A invitaba al matrimonio B a ir a tomar cerveza a Bahía Blanca.

Ese viernes, y pese a que habían viajado toda la noche, nadie probó la cerveza en Bahía Blanca. Los cuatro paisanos de Patagones, tímidos, serviciales, vestidos de domingo, no entendían bien por qué este pueblero, que dentro de todo parecía bastante dado y simpático, los había contratado para eso, para dar un galopito cada vez que ellos tuvieran sed y se les ocurriese darles un rebencazo en el anca a los caballos. Cosa de gringos, pensaban. Eso de usar un pial tan largo para mover las palanganas esas llenas de cerveza hasta el tope y que después caían sobre unas guampas de vaca y al final, si nadie tomaba nada. Aprovechando la Semana Santa el matrimonio B invitó al matrimonio A a ir a tomar cerveza a Esquel. Durante el viaje en avión no hablaron nada. Se ubicaron alrededor de la mesa al lado de la bomba extractora. Los cuatro arrieros chilenos los miraban a través del frío. Les habían alquilado las cuatro llamas para sostener esos enormes tanques de YPF llenos de cerveza que se movían cada vez que bajaba el émbolo del pozo de petróleo llenando los alambiques colgantes. Sin embargo, ninguno de los cuatro sacó la pipeta para tomar. El señor A cerró la oficina. Compró cuatro pasajes. Fue a su casa y le dijo a su mujer:

☐Invitalos. El jueves salimos para Dakar. En Dakar, al bajar del jet, salieron a recibirlos dieciséis negros zulúes y cuatro panteras. Cada cuatro negros una pantera. Sobre cada pantera un enorme colmillo de elefante lleno de cerveza. El señor B despachó tres cables. En el cable primero dejaba la prosecución de todos sus negocios a su secretario. En el segundo cable, le requirió la provisión de todos los cheques de viajero disponibles. En el tercer cable, le hizo saber que le enviaría instrucciones pertinentes desde algún lugar del mundo. En el Tíbet, tras una escala en Pekín y varios fallidos intentos de conversación sobre los beneficios de la cerveza, subieron hasta el monasterio. Los grandes lamas contemplaban con ojos azorados a los dos matrimonios sudamericanos que, vestidos de buzos, caminaban en cuatro grandes piscinas de cristal térmico de alto impacto llenas de cerveza. Al séptimo día, los grandes lamas, contra su costumbre de no inmiscuirse en los asuntos del prójimo, extrajeron cuatro buzos inmóviles de las cisternas ubicadas en la terraza del monasterio. En mitad del visor de las escafandras, sobresalían los succionadores de cierre hermético, a la altura de la boca. Cuando les sacaron las escafandras, el gran lama, que sabía mucho de medicina, diagnosticó: "Señor A, infarto. Señor B, asfixia por inmersión (válvula mal cerrada). Señora A, úlcera perforada. Señora B, claustrofobia". Otro gran lama miró la cerveza. Contra su costumbre de no hablar, dijo:

☐Lástima. Los pobres del monasterio. Sucia de barro. La cerveza es un gran alimento.

ARTíCULO SOBRE BLAISTEN
LA NACION | SUPLEMENTO CULTURA 5/9/2004
ISIDORO BLAISTEN: contar para vivir
El gran escritor argentino, fallecido el 28 de agosto último, sedujo a los lectores con sus cuentos y anticonferencias, pero también con el sentido dramático de muchas de sus narraciones que le permitían, al mismo tiempo, expresar la angustia y la locura y alejarse de ellas. Recreaba el lenguaje y los hechos cotidianos con una gracia en la que se combinaban su condición de prosista y de ex fotógrafo. Poco antes de morir se publicó su primera novela, Voces en la noche, con la que cerró un capítulo destacado de la literatura nacional

Para quien fue durante muchos años amigo de Isidoro Blaisten, resulta imposible referirse a este admirable escritor, muerto el 28 de agosto último, de manera impersonal. Como Orlando Barone, quien el lunes pasado trazó en este diario una emotiva evocación juvenil, yo también lo conocí a principios de la década del sesenta. Ike, como lo llamábamos, vivía entonces en Parque Chas y se ganaba la vida como fotógrafo ambulante. Poco después se mudó a Caballito y solíamos encontrarnos en un bar de la esquina de Rivadavia y Florencio Balcarce, calle esta última de sólo cien metros (casi un pasaje) donde alguna vez residieron, al mismo tiempo, Conrado Nalé Roxlo, Rafael Alberto Arrieta, Antonio Berni y Arturo Frondizi.

Nos veíamos en aquel bar por la mañana, en días de semana, pues los domingos las mesas estaban colmadas por los filatelistas que un rato antes se habían congregado al pie del ombú del Parque Rivadavia. Había en el bar un mozo que odiaba -nadie supo por qué- a esos pacíficos coleccionistas concentrados en su actividad, y para fastidiarlos, ponía en funcionamiento los ventiladores del techo, con el consiguiente desparramo de las estampillas.

En aquella época, Ike Blaisten, nacido en Concordia pero porteño como el que más, era solamente poeta y aún no había publicado libro. Yo, algunos años mayor y literariamente menos cauteloso, ya había publicado varios. Cuando en 1965 Blaisten decidió hacerse conocer en letras de molde, dio a la imprenta Sucedió en la lluvia, libro que había merecido un subsidio otorgado por el Fondo Nacional de las Artes. Nos eligió entonces al poeta Roberto Díaz y a mí para que lo presentáramos. El acto se efectuó en la librería Falbo, en el subsuelo de la galería Boston, en la calle Florida. Recuerdo que sus versos los leyó una muy joven actriz: Virginia Lago.

Sucedió en la lluvia alcanzó entre los versicultores de la época cierta repercusión -la módica repercusión que puede alcanzar en nuestro país un libro de poesía-. Sin embargo, Blaisten no volvió a publicar versos. Después del mencionado volumen optó decididamente por el cuento. En 1964 la revista Sur incluyó en sus páginas el relato "El tío Facundo", lo que significó para el joven autor una suerte de consagración. Dos años más tarde obtendría un importante galardón: el primer premio en el III Concurso Latinoamericano de Cuentos organizado por la revista El escarabajo de Oro, del que fueron jurados Beatriz Guido, Dalmiro Sáenz, Abelardo Castillo, Humberto Constantini y Alberto Rodríguez Muñoz.

En "El tío Facundo" estaban ya presentes los principales rasgos de su narrativa: la aguda observación costumbrista unida a una pródiga imaginación, el dominio del lenguaje coloquial urbano y una desenfadada distorsión de la realidad en la que, como dijo Marta Lynch, cabían "ternura, penetración, dolor y piedad", además de cierta dosis de humor negro que ya apuntaba en aquel cuento desde sus primeras líneas: "Para que se den cuenta de cómo era mi familia antes de que matáramos al tío Facundo..." Quien leía ese comienzo no podía dejar de leer hasta el final. Virtud de un escritor que era ya dueño de un estilo. Blaisten observaba el reverso o el trasfondo de las conductas humanas y satirizaba ciertos hábitos sociales como, entre otros, la afanosa búsqueda del estatus o el vocabulario esnob. Ridiculizaba con humor pero también con ternura.

"En una generación y en un país que ha producido a extraordinarios cuentistas -escribió Luis Gregorich-, en un medio literario que supo crear obras maestras de este género escueto y poético, lo menos que puede decirse de la obra de Isidoro Blaisten es que se ubica naturalmente en un lugar de privilegio. Sin embargo, no basta decir que estamos en presencia de un gran cuentista; debe añadirse que su tratamiento del lenguaje coloquial, su ácido, amargo e inconfundible humor y su brillante inventiva verbal son, a la vez, un verdadero oasis en nuestras letras actuales, a menudo sofocadas por el culto de la psicología, la solemnidad y la afectación estética."

"El tío Facundo" y otros felices testimonios del género cuentístico como "Los tarmas" (donde describió a una pintoresca familia dedicada a colarse en reuniones sociales con sandwichitos y canapés, y cuyos miembros se transmiten el "oficio" de padres a hijos) se publicaron en La felicidad, libro de 1969. Vinieron después La salvación, en 1972; El mago, en 1975, que obtuvo un premio municipal, y Dublin al sur, distinguido en 1979 con el Tercer Premio Nacional de Literatura. Pero libros y premios todavía no le daban para comer y Blaisten se instaló con un pequeño local de librería en una galería de la calle Boedo, cerca de la avenida San Juan, donde lo visité varias veces. Unicamente íbamos algunos amigos. Nadie entraba para comprar libros y él se aburría, fumando cigarrillo tras cigarrillo y viendo pasar las horas mustias en irreparable soledad. A veces, cansado, salía a tomar un café, y antes colgaba en la puerta un cartelito que decía: "Cerrado por melancolía", palabras que adoptó como título del libro publicado en 1981.

En una de mis visitas le hice un reportaje para un diario del interior en el que, contestando a una pregunta, me dijo: "Sigo escribiendo versos esporádicamente. No se los muestro a nadie porque tengo un gran respeto por la poesía y los poetas. Yo creo que la poesía conduce a la locura, pero es, al mismo tiempo, la única forma de organizar la locura. La poesía es una manera de vivir y yo me conozco; siento mucho temor. El cuento, de alguna manera, lo podés controlar. La poesía es incontrolable. El cuento es el género más próximo a la poesía como universo cerrado, como síntesis, como escritura inquietante".

Blaisten poseía un talento lúcido y, tras sus habituales destellos de humor, solía alentar la preocupación de un espíritu que se interrogaba íntimamente sobre temas que no eran los del hombre común. Durante aquel reportaje, al comentar un pasaje de

Sabato en el que éste se refería a las obsesiones del escritor, dijo: "A mí me obsesiona el tiempo, el tiempo en el destiempo y el destiempo en el tiempo. Quisiera ser feliz hoy, aquí y ahora. El amor y su circunstancia. Una circunstancia feliz hoy, aquí y ahora. ¿Por qué siempre hay dos realidades? ¿Por qué no se juntan?"

En 1982 apareció Cuentos anteriores y en 1983 Anticonferencias -Segundo Premio Nacional de Ensayo-, libro en el que, como Borges en algunos textos, trató de fusionar ensayo y narrativa. Posteriormente, en 1986, vería la luz Carroza y reina, Primer Premio Municipal de Narrativa. En la década de los noventa se reeditaron varios de sus libros, con nuevos cuentos agregados, así como A mí nunca me dejaban hablar, Cuando éramos felices y Al acecho, obra esta última que recibió el Primer Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica al Mejor Libro del Año, de la Fundación El Libro. En 1997 recopiló cuentos y ensayos en Antología personal.

Isidoro Blaisten era ya reconocido como uno de los mejores cuentistas argentinos, reconocimiento que traspasó las fronteras nacionales al ser traducido y editado en Francia, Alemania, la ex Yugoslavia, Estados Unidos y Canadá. Recibió nuevos premios, entre ellos el Konex de Platino, el del Club de los XIII, el Esteban Echeverría de Gente de Letras y el Premio Anual a la Trayectoria Artística, del Fondo Nacional de las Artes.

En 2001 ingresó como miembro de número a la Academia Argentina de Letras para ocupar el sillón que lleva el nombre de José Hernández. En el acto de recepción pronunció un brillante discurso sobre "La solemnidad destruida". Poco después se le declaró una cruel enfermedad que sobrellevó con gran estoicismo, diría que con ejemplar heroicidad. Jamás advertí que se alterara su bonhomía, su natural bondadoso, así como su indoblegable fervor literario, que lo llevó a seguir escribiendo y a enfrentar una nueva aventura: la novela, su primera novela, Voces en la ciudad, que tuvo al menos al consuelo de llegar a ver editada.

Hace un mes, cuando lo visité en su departamento del piso 17 de la calle Talcahuano para hacerle el reportaje que apareció luego en la sección "Los intelectuales y el país de hoy" de este diario, me recibió, cariñoso, junto a su esposa Graciela Melgarejo, ("A Graciela, siempre" reza la dedicatoria de su último libro). Parecía haber superado su dolencia y lo noté ilusionado por la reciente aparición de Voces en la noche. No obstante, mostraba cierta inquietud. ¿Habría acertado a escribir una buena novela?

Habían pasado muchos años, pero, en ese momento, me pareció estar ante aquel muchacho fervoroso, apasionado por la literatura, con el que solía reunirme en un bar que todavía existe frente al Parque Rivadavia, o en un pequeño local de San Juan y Boedo ya, definitivamente, "cerrado por melancolía".

Un libro que lo tiene todo
El humor y la crítica cultural en tono paródico son los rasgos salientes de Voces en la noche (Seix-Barral), primera y bella novela de Isidoro Blaisten

Autor de un primer y único libro de poemas, Sucedió en la lluvia, dos recopilaciones de ensayos y media docena de libros de cuentos que le depararon premios, traducciones a varios idiomas y muchos lectores, a Isidoro Blaisten le faltaba escribir una novela, y aquí están las 300 páginas de Voces en la noche para proclamar su exitosa incursión en este, para él, nuevo género.

Con su reconocida maestría para el manejo del habla coloquial, los apuntes costumbristas, la ironía y el juego paródico, matizado aquí con frecuentes guiños literarios, el autor de Cerrado por melancolía introduce al lector en una historia llena de ingenio y describe una galería de personajes entre simpáticos y estrafalarios -Boris, Estanislao, el herrero Gregorio Herrero y su hermosa compañera Adela, los gemelos armenios Marsupian y Ruganian- a los que lleva a discurrir por un escenario no mencionado como Buenos Aires pero donde se hallan el Parque de los Ilícitos, el Monumento a la Expoliación, el Puente de los Prevaricatos o el Centro Cultural Atila.

El protagonista, cuyo nombre no aparece en todo el trascurso de la narración, es un vendedor de lencería femenina que recorre la ciudad con su muestrario en un valijón de cuero. Erudito en las estrategias o el arte de vender, es a la vez un lector apasionado, hedónico, obsesionado por la existencia de un oscuro y siniestro personaje que se propone destruir la literatura. Dicha revelación le ha sido dada por las voces que oye por la noche en su cuarto de pensión, y que le imponen el noble mandato de eliminar al presunto saboteador de las letras.

La novela empieza cuando el protagonista intenta matar con veneno -lleva siempre en el bolsillo sobrecitos con cucarachicida por si aparece "el que debe morir"- al dueño de una tienda de cotillón y mediocre escritor aficionado. Anselmi, tal es su apellido, autor de cuentos y poesías "comprometidas", le habla esa tarde del mérito de "la ruptura de la sintaxis en la era de la fragmentación". El protagonista comprende que Anselmi es incapaz de un juicio semejante y que esas palabras deben de haberle sido dictadas por el abyecto asesino de la literatura, un escritor seguramente fracasado y resentido a quien, desde ese momento, procura descubrir.

Tras las voces que irrumpen en sus insomnios, convertidas por momentos en perentorios aullidos, oye, como un bálsamo que le devuelve la serenidad, la voz de la señora Tokoyama que le recita un haiku y le refiere las enseñanzas de un maestro zen. Haiku y enseñanzas que enuncian siempre graciosas y engoladas obviedades.

El humor, a ratos fúnebre o tétrico, es la marca principal de un relato que satiriza ciertos estereotipos de la literatura posmoderna ("el fin de las utopías", "la etapa de la fragmentación", "la era del no lugar"). El propósito del victimario de la literatura, cree el protagonista, es incentivar a los autores y "poetas de pizzería" -como los llama- a escribir libros de no menos de 820 páginas, en cada una de las cuales el autor o los personajes se detengan a meditar sobre el lenguaje; esa clase de libros que, según dijo Borges alguna vez, "no se escriben para ser leídos sino para ser escritos". La literatura, al no tener ya lectores, desaparecerá.

La obsesiva labor detectivesca lleva al protagonista a individualizar a personas sospechosas y a urdir insólitas situaciones que se van enhebrando en breves capítulos y episodios, tan variados como amenos, rematados por un final desopilante -cuando el misterio se devela-, que hacen que la novela sea leída con una permanente sonrisa en los labios.

Blaisten ha sabido crear un estilo propio, un tono narrativo tan vivaz como regocijante, donde el sesgo humorístico acentúa una implícita y sutil crítica de costumbres o, también, como en este caso, una crítica cultural.

Robert Louis Stevenson escribió que cuando un libro tiene encanto lo tiene todo. Esta novela lo confirma.